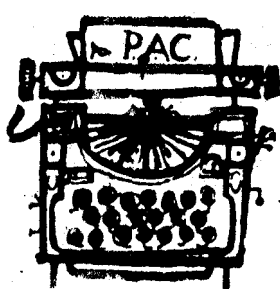


escrito a máquina

Hechos, no palabras



Uno de los hombres de buena voluntad del liberalismo, el senador J. David Zamora Pastora —miembro de la Junta Directiva Nacional del P.L.N.— dirigió esta semana una carta a "LA PRENSA" fruto de sus meditaciones de Semana Santa, basándose sobre la urgente necesidad de un diálogo nacional. Dice en ella:

El intercambio de impresiones entre el Coronel Aranda y don Pablo Antonio Cuadra —iniciado por el primero en actitud que prestigia al Ejército— es un ejemplo que debe seguirse y ampliarse, para abarcar a todos los sectores representativos de nuestro pueblo...

Luego agrega:

Creo que lo positivo no son las recriminaciones o mutuas acusaciones, sino la búsqueda común de puntos de coincidencia patriótica, con el propósito de lograr una verdadera paz, basada en la justicia y en el respeto de los derechos de todos los nicaragüenses —civiles y militares— lo que representa el estudio exhaustivo de todas las medidas concretas que, basadas en el plan de desarrollo actual de la problemática nacional, puedan conducirnos a la consecución del propósito indicado, a base de buena fe y honestidad. O sea como bien lo dijera don Pablo Antonio Cuadra— buscar la convivencia incluso en la divergencia.

¿Quién puede objetar este diálogo ideal? Sin embargo, la buena voluntad de don David Zamora y de toda persona abierta al diálogo se estrella contra el muro de nuestra realidad política. En ninguna actitud real del Poder vemos el menor cambio para darle credibilidad, ni se ha producido ningún hecho que signifique una prenda o garantía de su buena intención. A pesar del horrendo asesinato del Dr. Pedro Joaquín Chamorro, a pesar de que esa sangre cae sobre el régimen y que debería el gobierno ser el más preocupado por limpiarse de esa culpa, ni siquiera ha querido favorecer un procedimiento dñafano y expedito de la justicia, sino que se encoge ostensiblemente de hombros y luego pretende que saltemos sobre ese crimen, que incluso lo olvidemos para tratar con quienes favorecen su impunidad.

Por otra parte, para aproximarse a un diálogo, se requiere un cese de la hostilidad. Un no tratar al antagonista como enemigo. Hasta en un campo de batalla si se quiere parlamentar se necesita el cese de fuego. En el caso nuestro, la señal de no hostilidad o de cese de fuego es el respeto a los Derechos Humanos.

¿Existe la menor señal de que esos derechos hayan merecido un trato nuevo y alentador de parte del gobierno? —La Comisión Permanente de los Derechos Humanos de Nicaragua— de la que me honro de pertenecer— se ha visto obligada esta semana a dirigirse públicamente a los tres poderes en una demanda que yo llamaría desesperada, porque la Comisión se ha personado lo menos cuarenta veces ante la Oficina de Leyes y Relaciones Públicas de la Guardia Nacional solicitando inútilmente justicia para un número de casos que ya forman un grueso e impresionante volumen.

No! La orden de cese de fuego o el toque de clarín de la justicia nadie lo ha oído! Al contrario, la represión sigue. Siguen los procedimientos violatorios de la dignidad humana, las detenciones arbitrarias, las condenas sin juicios, las multas agobiantes ilegales, las desapariciones y prosigue el mismo trato contra el ciudadano... Somos uno de los pocos pueblos del mundo en que toda persona que cae presa es golpeada —a veces en forma homicida— por el simple hecho de ser detenida. Si yo quiero dialogar con mi adversario y me acerco disparándole o golpeándolo es inútil que al mismo tiempo le exprese las más escogidas palabras de reconciliación del diccionario.

Ahora bien, si es que el Gobierno cree que manteniendo sin respuestas los reclamos de justicia o las demandas sobre los derechos ciudadanos, va a tener en la mano un ventajoso juego de cartas para

negociar en ese problemático diálogo, creo que se equivoca de medio a medio. LOS DERECHOS HUMANOS NO SON NEGOCIABLES. Esos derechos le pertenecen al hombre por el hecho de ser hombre y al nicaragüense, constitucionalmente, por el hecho de ser nicaragüense. Ningún hombre con dignidad va a negociar su propia dignidad. No puede promoverse ningún diálogo sin el presupuesto de un reconocimiento y respeto (no de palabras sino de hechos) a la condición humana.

El Senador Zamora cree superar ese obstáculo fundamental —no dudamos que de buena fe— ofreciendo que el diálogo se verifique con el Partido Liberal sin Somoza. Pero el problema es el mismo: lo único que ha cambiado es la nomenclatura. El Partido Liberal, partido en el poder, partido cuyo presidente es el mismo Somoza —ha mostrado interés o siquiera preocupación por detener la ola de violaciones a los derechos humanos y de sancionar esas violencias? El Partido Liberal, en 40 años de dinastía —ha demostrado que puede actuar con independencia de Somoza? ¿Puede el Partido Liberal hacer justicia en el caso del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro? ¿Puede siquiera promover en el Congreso —donde cuenta con mayoría— que la parálitica Comisión de Derechos Humanos del Poder Legislativo investigue esos casos que claman al cielo de desapariciones y de masacres, que han publicado todos los periódicos del mundo, pero que no parecen alterar y menos conmover la serenísima insensibilidad de los legisladores liberales?. Esta misma semana un periodista de la T.V. preguntó al Ministro liberal Mora Rostrán sobre la situación de los Derechos Humanos en Nicaragua y contestó con una sonrisa que "en nuestro país ese respeto es inveterado como lo demostraba que los Derechos Humanos estaban incorporados a la Constitución". ¿Son estas las respuestas que ofrece para un diálogo el Partido Liberal?

Pero lo más grave, repito, es que simultáneamente a esas respuestas cínicas la represión persiste. Y esa represión —por el proceso mismo de envejecimiento de la tiranía— es contra la juventud contra quien dirige su ofensiva. Es a la juventud a la que se está marginando de toda posibilidad de diálogo. Es a la juventud donde están nuestros hijos, y los hijos de los liberales y los hijos de los guardias y los hijos de los ricos y de los pobres, a quienes están arrojando a la clandestinidad y a la violencia. Son ellos, que ya llegaron a la edad del reclamo, los que más debían preocuparnos. Ellos son ahora las víctimas de la represión.

Al endurecerse y al envejecer el régimen, son ellos, por la dialéctica del tiempo, los que pasan a convertirse en víctimas. Ahora ser joven es casi un delito. "Ahora son los muchachos los que joden" dice el guardia. Y los disparos de la tiranía ya no sólo están dirigidos contra el presente, sino, lo que es más trágico, contra el futuro. El daño que está produciendo Somoza no es solamente el de impedir a Nicaragua su proceso de democratización sino de rejuvenecimiento.

Con la juventud, la tiranía ha invertido los términos de trato en la misma forma que con el diálogo. Somoza quiere un diálogo sin poner las bases humanas —de respeto al hombre y a sus derechos— insustituibles para cualquier trato. Con la juventud quiere lo mismo: acabar a tiros su rebeldía en vez de suprimir las causas de la rebeldía.

Es decir, sea que nos refiramos al presente, sea que nos refiramos al futuro, el muro que la tiranía ha levantado contra toda posibilidad de diálogo es insalvable.

Pedro Joaquín Chamorro quiso salvar ese muro, saltó generosamente creyendo llegar a una solución y ya sabemos la respuesta que recibió.

Sentimos decirle al senador Zamora que a pesar de su buena voluntad, las condiciones de entonces no han variado.

"Los hombres no consideran lo que decimos sino lo que hacemos", escribía Fray Bartolomé de las Casas.

PABLO ANTONIO CUADRA.